

## **La muerte de José B. Gomensoro** **Profesor emérito de la Facultad de Medicina**

No puede haber tarea más penosa - para mí- que despedir de esta Casa, para siempre, a José B. Gomensoro.

Como testigo, me afectan las generales de la ley, y de qué modo. Desde los albores de mi memoria, Gomensoro está presente, lo siento desde dentro, me percibo ligado a él por múltiples y renovados tratos del afecto que se anudan y forman una trama de sentimiento y vivencias que -decía- traigo desde muy atrás y llevaré para siempre.

Lo recuerdo nadando en el arroyo Carpín, en las vecindades de Las Piedras, remolcando alternadamente a mi hermano y a mí, prendidos de su cuello.

Era un joven y brillante estudiante de medicina, practicante interno de la Sala 1 de Ginecología del Pereira Rossell, entonces a cargo de mi padre; era amigo íntimo y compañero de ideales libertarios de mi tío Virgilio Bottero.

Los recuerdo preparando el viaje a España y, por fin, en una tarde muy gris y muy triste (para nosotros) aún los veo sumergidos a ellos (él y Virgilio) en un camarote de tercera clase del Alsina que los llevó a Cataluña. Eran tiempos de la guerra y allá iban, dando -con la conducta- respuesta de coherencia a las ideas.

Tengo presente su vinculación con Pepa García Morales -su compañera- y la formación de su nueva familia; las alegrías de su jefatura de clínica para ingresar en el servicio de su maestro, don Julio García Otero.

Recuerdo el ingreso -por celebrado concurso de oposición- al instituto de Neurología, que dirigía, entonces, Alejandro Schroeder.

Sé -por versión suya- de los orígenes de su entrañable hermandad con Román Arana, de la incursión de ambos por el Instituto de Clemente Estable, de la influencia cultural y humanística que ejerció sobre ellos el doctor José Pedro Massera, a cuyo encuentro volvieron finalizado el preparatorio y quien los invitara a formar el conjunto de cámara que tenía por primer violín al propio Massera, junto a Carmen Garayalde, a Pedro y Román Arana, en la viola y el violoncelo. Gomensoro era el pianista.

Supe por mis mayores, por testimonio escritos y por él mismo, de su actuación gremial en la Asociación de los Estudiantes de Medicina, en la dirección de *El Estudiante Libre*, en el Consejo de la Facultad de Medicina, como delegado estudiantil (recién graduado).

Supe luego, por mí mismo, de la actuación en el Consejo Directivo Central, cuando lo presidía el ilustre Rector Mario Cassinoni; de su labor fundacional en la dirección de Publicaciones de la Universidad de la República.

Soy testigo directo de su actuación en la Asamblea del Claustro de la Facultad de Medicina que elaboró el nuevo plan de estudios y de su participación directriz en la Sala de Docentes que defendía la autonomía de la Universidad amenazada por el desborde autoritario del Poder Ejecutivo que precedió a la dictadura.

Por fin, en la Comisión de Ética Médica y Conducta Universitaria, en donde fue reclamado como garantía por todos, por su estatura moral y por su espíritu de justicia.

Lo vi desarrollarse y crecer extraordinariamente como especialista y como docente singular. Puedo dar fe de su esfuerzo durante la adscripción y ulteriormente, de la agregación. Fue pilar de la nueva cimentación del instituto de Neurología, dirigiendo el grupo de afecciones vasculares del cerebro, colaborando con su amigo Román Arana y con una pléyade de especialistas distinguidísimos.

Pude apreciar directamente su condición innata de médico excepcional. Por su saber y por su humanidad, por su adhesión al enfermo, por su sentido del deber.

Por todo cuanto dije; por la ejecutoria de su vida, fue un maestro natural.

Bebe, hermano mayor y querido compañero: entregaste tu vida generosamente para que

venciéramos tu magisterio involuntario, porque te guió siempre un impulso de hacer que las cosas de todos fueran mejores. Las cosas y la realidad, mejores: el bien común, cada vez mayor; no tus cosas, ni tus realizaciones, ni tus bienes propios, todo lo cual -a su turno- sacrificaste silenciosamente.

Con orgullo te digo que -tal vez sin que llegaras a sospecharlo- tu ejemplo comprometió nuestro esfuerzo para siempre. Con modestia y desde la sinceridad que existe en el fondo del alma, digo -en nombre de tantos que recibieron tu impronta como yo- que nadie pudo vencerte.

La sincronización del sentimiento que tu muerte genera, el reflexionar juntos en medio del dolor de la separación postrera, hace que digamos hoy -en nombre de todos- cuando ya no nos oyes y sin riesgo de ofender tu modestia: por más de medio siglo - en esta Casa- desde tus luchas libertarias juveniles hasta tu consagración emérita, fuiste -entre nosotros- el camino, la verdad y la vida.

Yéndote de aquí apenas con tu cuerpo - nobilismo aunque exhausto- queda un lugar eterno para ti en lo mejor de nosotros.

Tiempos vendrán en que los jóvenes que no tuvieron el privilegio de conocerte crearán nuevos y mejores realidades, sin saber que en la gestación de la cultura común que los impregna estás tú mismo -renovado y sereno- trascendiendo los límites de tu propia persona, fusionado en nuestro vital.

Aceptada hoy tu muerte; recuperados, por fin, del dolor -algún día-; vuelta la alegría a la evocación cotidiana de tu figura -hermano y compañero- estarás siempre vivo -como una lección sin texto, como un sentimiento inagotable y profundo- en nuestro afán de conocer y de servir, en la limpidez de la conducta, en nuestra preocupación por la justicia y el bienestar de todos, en la libertad esencial de nuestras almas.

Pablo V. Carlevaro